



XVI PREGÓN DEL ESTUDIANTE

Vicente Izquierdo Cañada

Jaén, 17 de Marzo de 2.007

*A mis padres, de quienes recibí la fe.
A mi esposa, que supo comprender a este aprendiz de cofrade.
A las madres clarisas, protectoras de la Cofradía.*

A Antonio Cano (Koki), por su confianza en este pregonero.

Prefacio

Hoy, Virgen de las Lágrimas, otra vez me dirijo a ti en primera persona, acatando el consejo de una amiga, y te hablo de tú a tú como siempre lo he hecho, como siempre que he necesitado que me oyeras, que fijases tus ojos en mi persona y escuchases mi plegaria. ¿Recuerdas aquellas veces en las que, siendo bachiller o universitario, teniendo delante tu estampa te pedía que después de largas horas de estudio, me dieras el último empujón, que pusieras en mí la inspiración que necesitara en el momento de superar un examen? ¿Recuerdas las veces que he acudido a tu consuelo en los momentos difíciles? ¿Recuerdas que, ya casado, el ramo de novia de mi mujer quedó a tus plantas, y tú sabes por qué? ¿Recuerdas la ocasión en la que te pedí que con tu manto cubrieras a la futura mamá que fue valiente ante la adversidad repentina, cuando la medicina lo único que le aconsejaba era olvidarse de la criatura que estaba por venir? ¿Y recuerdas tantas otras cosas que te he pedido?

Hoy sé, Virgen de las Lágrimas, que estuviste a mi lado: terminé mis estudios, recibí tu consuelo de madre, y Lucía ya tiene siete años.

Esta noche de nuevo me postro ante ti, y te suplico para que extiendas tu manto, ese que te bordó la Cofradía, y aunque sea con el último filamento deshilachado del encaje que lo bordea, me toques con él, para que mi boca sólo pronuncie palabras de alabanza a Dios y a tu hijo hecho hombre, vivo en la Eucaristía y representado en la bendita madera

del Señor de las Misericordias, y a ti, su Santa Madre; para que mis palabras sean signo de adscripción a la comunidad de los que han sido llamados por Dios y se congregan como pueblo suyo, la Iglesia; para que en este momento en el que soy honrado en extremo, sea yo quien te honre, sea digno pregonero.

Rosal tempranero
de flores engalanado,
así te quiero,
así te he soñado.

Manantial de pureza,
que lágrimas no derramara
el río de belleza
que corre por tu cara.

Siete estrellas que te adornan,
siete perlas a tu rostro prendidas,
astros que te coronan
y a ti caen rendidas.

A solas contigo Virgen María,
mi corazón cautivo, henchido, vibrante,
¡Déjame desgranar esta letanía
de encendido amor de estudiante!



*Reverendo Sr. Párroco de la Parroquia de Ntra. Sra. de la Merced,
Hermano Mayor y Junta de Gobierno de mi queridísima Cofradía de los
Estudiantes,
Familiares, amigos y cofrades, recibid todos mi fraternal saludo.*

*Gracias Fran, por acompañarme en este acto que tanto significa para mí, y
que tan responsabilizado hace que me sienta. Gracias de nuevo por tus palabras,
pues sé que son producto sincero de la amistad que nos une.*

*Gracias también a la Junta de Gobierno por estimar que podía ser apto
para este menester, y gracias también a todos los que hoy me obsequian con su
presencia.*

En este momento, en el que tengo el honor de pregonar a mi Hermandad, si algo he aprendido de los pregoneros anteriores, es que ante el atril, y para ensalzar a tu hermandad, no cabe otra fórmula que poner el corazón por delante, desnudarlo de todo aquello accesorio y superfluo, y permitir que sea él quien hable. En esta ocasión me presento delante vuestro con esa finalidad, para dejar que desde lo profundo de mi humilde persona afloren los sentimientos compartidos con tantos cofrades con los que Dios me ha puesto a su lado, y con quienes me ha tocado vivir una de las experiencias más intensas y más preciosas de mi existencia: pertenecer a la Cofradía de los Estudiantes de Jaén.

Pero si quiero hacer algo en este foro, sobre todo es poner voz a las vivencias de una generación de cofrades, la mía, la de aquellos que rondamos treinta años de edad; muchos de ellos están hoy aquí sentados, y probablemente se vean reflejados e incluso se sientan partícipes de cuanto sea capaz de transmitir. A esos jóvenes cofrades, incansables, luchadores e incluso algo utópicos, les quiero dedicar especialmente este pregón, y a ellos les suplico comprensión y misericordia conmigo, pues me arrego nada más y nada menos que hablar por ellos, manifestar ante todos la gran dicha de compartir y haber compartido con ellos el sueño de una cofradía, de la Cofradía de los Estudiantes.

Primera parte

Primera parte

Fue un día ya lejano cuando el enigma quedó solucionado por fin; el misterio, aquello que en la mente del niño de seis años cogido de la mano de su madre se grabó a fuego, pero que se perdió en la bruma de los sueños infantiles camuflado de desbordada imaginación, tomaba cuerpo, revelaba su gozoso secreto. Sí, aquella imagen había sido real, tan real como la vida misma. Aquella celestial visión de un Cristo crucificado en paso de pan de oro por la Avenida de Madrid, se tornaba verosímil, adquiriría la certeza que siempre intuyó que tuvo, pero que no podía confirmar; ciertamente, aquella visión no era otra que la de su Cristo de los Estudiantes una lejana tarde de Lunes Santo. La memoria de los cofrades veteranos escrita en un breve artículo del boletín de la Cofradía así lo ratificaba. Era Él, su primer recuerdo cofrade, el Cristo de las Misericordias sublime y solemne, con el que poco tiempo después se reencontraría.

De un tiempo y un barrio

Aún resuenan en mi mente los ecos del griterío del patio del centenario colegio de Santo Tomás, o incluso de la recordada escuela de Don Victoriano, donde fui educado; oigo los tañidos de la campana de las Carmelitas descalzas en la Carrera de Jesús tocando al Ángelus, y me

parece estar sentado en clase e interrumpirla a las doce de la mañana, cuando como un coro infantil respondíamos al profesor "...y concibió por obra del Espíritu Santo".

La vida en el vetusto barrio de La Merced transcurría asida a las tradiciones más arraigadas de nuestro Jaén, y a las suyas propias, esas a las que los chiquillos asistíamos entusiasmados, porque aquello era algo nuestro, algo importante que no podíamos dejar de hacer, teniendo como testigos mudos a las intrincadas y empinadas calles, y a las señoriales piedras de la plaza que le da nombre. Las lumbres y Santo Tomás de Aquino con el ochío y el chocolate, en enero; no comer carne los viernes de cuaresma, que se iniciaba con la ceniza que nos imponían los padres claretianos; en abril la romería de la Virgen de la Cabeza y en mayo la del Cristo del Arroz cuando los cofrades acudían a casa del Hermano Mayor para dirigirse después a su ermita de la Fuente de la Peña, y por supuesto las cruces, con los niños y muchachos del barrio afanados en preparar las procesiones en las que, tanta ilusión se ponía, que alguna que otra vez preseciamos el momento en que, entre la desesperación del padre Emeterio desbordado por la multitud de infantes, era la propia iglesia de la Merced la que acogía tan peculiar cortejo; y claro está, las inolvidables catequeses de los sábados por la mañana en la parroquia, entre las deslucidas paredes del antiguo convento.

Aquél era mi sitio, y a pesar de que dejé de vivir en él antes de lo que hubiera querido, la casa de mis abuelos en la calle Duque era un vínculo tan fuerte, que nunca me fui del todo.

El viejo barrio era el cómplice, el entorno adecuado e insustituible, suelo histórico y fundamento para esta ciudad de Jaén, que sigue siendo para mí la más maravillosa del mundo; donde levantaron su iglesia aquellos religiosos que tantos cautivos liberaron, donde los misioneros claretianos tuvieron sede durante más de un siglo; donde la nobleza de Jaén se instaló en su palacio del que la memoria alcanza para algunos a la Caja de Reclutas o colegio de los Carmelitas y Maristas para los más mayores.

Es una historia rica, la misma que nos cuenta que el Arco de San Lorenzo fue el catafalco del rey castellano D. Alfonso IV, o que en una de

sus calles, el genio renacentista del Vandalino labró la plata más pura para que fuera la mejor custodia de Jesús Sacramentado, o que Almendros Aguilar fue un gran poeta jiennense cuyos versos glosaron quizá nuestro símbolo más distintivo, la cruz del cerro de Santa Catalina, más cercana que en ningún otro barrio de la ciudad; o que por amor a lo que representa esa misma cruz, y por incomprensibles odios humanos, la primera sangre de mártires de nuestra ciudad en 1936 fue vertida allí.

Este es el trocito de Jaén en el que me reconozco y me siento parte de nuestra ciudad, donde para tantas personas arraigaron los sentimientos que nos identifican como miembros de esta bendita tierra, jaeneros orgullosos y agradecidos al suelo que pisamos.

Pero si una época del año vivía con intensidad era la cuaresma y la Semana Santa. Fueron mis tíos, fieles colaboradores con la parroquia quienes me dieron la gran noticia: “Hoy se encierra en la Merced la Cofradía de los Estudiantes”. Aquél Lunes Santo por la noche, presencie lo que, sin saberlo, sería un acicate esencial en mi vida, a pesar de que no llegué a conocer que ese Cristo lindo, rodeado de gente joven, era el mismo con el que un tiempo atrás y casi de casualidad, me topé en la cuesta del “Lejío”.

Desde entonces, la palabra “cuaresma” adquirió un carácter nuevo porque algo se preparaba para suceder año tras año; aquellos días en los que yo jugaba a ser un Martínez Montañés o un Juan de Mesa con plastilina, esculpiendo Cristos crucificados que luego exornaba expoliando los frondosos geranios de mi abuela, la Cofradía vivía lo que sin duda era el germen, la semilla del esplendor que poco después llegaría.

Por ello hoy, agradecido, tengo que rendir pleitesía a quienes consiguieron revitalizar a la Hermandad, a quienes tuvieron el acierto de traerla a la Merced, y a quienes consintieron que pudiera formar parte de la por entonces numerosa y dinámica familia de la parroquia. Sin embargo, todavía quedaba bastante por construir, porque si espiritualmente había cimientos, en lo material se carecía de mucho. Así, los poquitos enseres que se poseía cabían en una habitación de la planta primera de la parroquia

cuyo recinto, más que habitación, semejaba un castillo con el papel pintado de las paredes a imitación de la sillería de una fortaleza, los arcos ojivales y las teas situadas en la pared. En ella se distinguían claramente los escasos útiles cofrades: en un lado, los ocho varales dorados, en otro, la preciosa fotografía del Cristo en blanco y negro cuyo fondo era la torre del reloj de la catedral y creo que la cruz de guía, y en frente, un perchero en el que estaban las túnicas. Recuerdo también aquellas juntas generales que la Cofradía celebraba en el salón principal, ese que hoy es nuestro pequeño museo de objetos cofrades, y me pregunto qué podrían pensar los cofrades adultos cuando me vieran entrar solo, asistiendo mudo, y casi sin moverme, a debates que eran más temas de mayores que de mozalbetes, asuntos que al cabo, me tocaría vivirlos directamente.

Pero si algo constituían las notas distintivas de la Cofradía según yo la percibí en aquél tiempo, eran la juventud de los cofrades, y el misterio que rodeaba a ese Cristo crucificado, que un día llegaba a la Merced, un Lunes Santo salía majestuoso en su paso dorado, y el Martes Santo ya no estaba allí.

La juventud. Andando el tiempo, lo que por entonces me pareció algo significativo y característico, comprobé, que no era circunstancial, que no era la eventualidad del momento sino que siempre fue así. Jóvenes fueron quienes, tocados por Dios, albergaron la entusiasta idea de formar la Cofradía, quienes pidieron a las monjas de Santa Clara venerar a quizá el mayor tesoro que desde antaño conservaban; jóvenes eran quienes tuvieron que vadear el temporal de la apatía, la incomprensión y la dejadez de los años setenta, manteniendo a flote a duras penas el legado cofrade recibido, y jóvenes fueron los que asumieron el reto de mantener a la Hermandad en la nueva parroquia.

El Lunes Santo entusiasmaba ver costaleros que se afanaban en medirse con la pértiga de los cables en la galería de la parroquia, el trasiego de tunos haciendo hora en el bar “El Bollos”, a las pizpiretas mantillas que, en gran número, acompañadas de novios o madres, se afanaban por

acceder sin descomponerse al interior de la iglesia, y no digamos la chiquillería entre la que me encontraba, orgullosos de vestirnos de nazareno y sobre todo, de ser los primeros en hacernos con las insignias más privilegiadas, porque no era igual llevar el gallardete del Cristo, que los pequeños estandartes blancos con su extraño emblema en el centro.

Después, tuve el privilegio de ser incorporado a la junta de gobierno, también formada por jóvenes, que mostraron su empuje y sus ganas de luchar por la Cofradía. El trabajo, en ocasiones era arduo, pero la ilusión del grupo de muchachos era tal, que en pocas ocasiones el fruto no era el apetecido. Hoy, comprendo que éste es el espíritu de la Hermandad, que la impregna a toda ella; comprendo que no por casualidad es la Cofradía de los Estudiantes, que no es un sobrenombre inapropiado.



... la casa de mis abuelos en la calle Duque...

El Cristo misterioso

El Cristo misterioso. Sí, era misterioso como misteriosa era su historia y su leyenda. La Cofradía era especial en todo, era distinta, era la de mi barrio, pero es que además tenía tantos matices, que mi cariño se acrecentaba por momentos. Aún así, en mis esquemas infantiles no comprendía cómo era posible que el Cristo de mis devociones no fuera propiedad de su Cofradía, ni por qué no podíamos tenerlo todo el año con nosotros, en la parroquia junto a la Virgen. ¿Qué ocurría con él, donde era puesto el Martes Santo, que ya no estaba en la Merced? ¿Por qué tenía el apelativo de Cristo de Bambú?

Eran interrogantes que me inquietaban, pero que formaban parte de la naturaleza de esta pujante Cofradía de la que me ufanaba en pertenecer. Ya por entonces, nombre cofrades conocidos me resultaban muy familiares: García López, Escalona, Ortega Sagrista y tantos otros; y fue precisamente de Ortega Sagrista de quien pude leer una pequeña colaboración en el modesto boletín que editaba la Cofradía, en la que contaba una preciosa leyenda, más relato que historia verídica, que acentuó en mi mente ese carácter misterioso y legendario del Cristo. Narraba Ortega que un soldado de la corona española, quizá oriundo de estos lares, marchó a las Américas a la conquista de nuevos territorios para el imperio y la fe católica, y quizá con el empeño de regresar un día como un indiano rico en honra y en dineros. Pero sucedió que en el trance de una cruenta batalla contra los indios, su vida peligró seriamente, y el valeroso capitán supo a ciencia cierta que ese día comparecería ante el tribunal del Altísimo a no ser que un milagro cambiara las tornas. Por ello, ofreció a

Dios tallar una imagen de su Hijo doliente si le libraba con vida de tan comprometida situación. Tanto imploró por su destino, que quiso el Señor que el buen soldado acabara sano y salvo, y éste, agradecido, dio en cumplir su promesa, y para esculpir la talla de Cristo crucificado, a falta de maderas nobles utilizó unas cañas de bambú. ¿Cómo no pensar en este Cristo misterioso?

De Bambú, Señor, nombre te pusieron,
en la bruma de los siglos perdido,
de gubia delicada aparecido,
milagroso a los ojos que te vieron.

Dócil en tu escorzo, crucificado,
los labios que hablaron, entreabiertos,
cárdeno tu cuerpo policromado
por mil infames latigazos ciertos.

Yo Señor, no veo en ti el martirio,
ni clavos, ni lanza ni corona,
te percibo como sol, como lirio
que en primavera al campo asoma.

Flor del renacimiento de la vida,
que no hay llagas en tus manos
ni en tu bella hechura herida.
Fue la fe de los cristianos
la que a tus pies puso flores,
maestría de artesanos
que te rindieron honores.

Recuerdos del Lunes Santo

El día grande de la Cofradía ha sido, es y será el Lunes Santo, incluso aunque la procesión tuviera que suspenderse. Si dicen que la mente de los niños es como una esponja que absorbe todo a pesar de que pueda interpretarlo, ese sería mi caso cada Lunes Santo. Mis recuerdos, una vez que salía de casa vestido con la túnica del Cristo que mi madre me tenía preparada limpia e impoluta, se trasladan al interior de la iglesia de la Merced, en los instantes que transcurrían entre la misa previa a la estación de penitencia y la salida de la procesión a la calle. Aquella Eucaristía ciertamente era entrañable, aunque no todo lo solemne que se debiera por el bullicio indomable. Quiero evocar, como si ocurriera en este momento, la poderosa voz de un señor que alguna vez entonó durante la celebración un “Ave María”, que tan vivo permanece en mi recuerdo, que aún se me eriza el vello recordándolo.

No había concluido la Eucaristía cuando nos sobresaltábamos con el estruendo de la centuria romana que a paso de tambor llegaba a la plaza de la Merced, y una vez que el sacerdote daba la bendición, los poquitos nazarenos formábamos rápidamente en el pasillo central.

Con el cortejo organizado, de repente, se abría el portón principal. El juego mágico de contraluces creaba un efecto sobrecogedor, y el aplauso de la muchedumbre concentrada en el exterior nos turbaba notablemente; algo grande iba a ocurrir. No daba tiempo a asimilar la situación cuando la campana del paso del Cristo sonaba desde la cabecera de la iglesia ante la puerta de la sacristía. Y ocurría el milagro, tenía lugar el hecho grandioso, el Señor de las Misericordias era levantado, a pulso aliviado, y comenzaba a andar de costero a costero, lentamente, con suavidad, sin estridencias. Resultaba algo indescriptible. Puedo decir que he tenido ocasión de ser testigo de este momento, de lo excelso de ver levantar el paso del Santísimo

Cristo de las Misericordias durante muchos años consecutivos, y siempre me sorprende, como si no llegara a asimilar lo que ocurre. No obstante, lo más grato, creedme, no es ver al Señor andar poquito a poco; no. A vosotros, que participáis en la estación de penitencia os propongo una experiencia enriquecedora, que dice mucho de la Cofradía. Este Lunes Santo, y los que resten por venir, cuando el martillo del Señor de las Misericordias haya dado el golpe para la levánta y el paso tiemble de forma sutil, en el momento en que los costaleros se esfuercen por erguirse a pulso, no miréis al paso, mirad a vuestro alrededor; mirad a los ojos de los cofrades. Observad cuántos rostros compungidos por la emoción, cuantas lágrimas y cuantos abrazos fraternales se regalan por la nave central.

Con suavidad, la imagen era llevada ante el cancel, donde la pericia del fabricano y el temple de los costaleros conseguían que el Señor de las Misericordias, en el resplandor maravilloso de su silueta ante la portada, emergiera a la año tras año más atestada plaza.

Y ante la escena, silenciosa, contemplando la exaltación de su hijo en la cruz, guardando el amor de los estudiantes en su puro corazón como si del más dulce de los perfumes se tratara, Nuestra Señora de las Lágrimas. Rodeada de sus costaleros, en espera de que su hijo iniciara el camino, permanecía ante su capilla, paciente, transida de dolor, mirando los clavos que con más fuerza que nunca asía en su mano.

Quisiera, Virgen mía,
ser pañuelo en tu mano,
encaje de bella artesanía,
filigrana de plata en tu corona,
hilo de oro de tu manto
y de tus lágrimas, relicario.

Pero con más ansia anhelo
tenerte cerca, Reina del Cielo,
saber que lloras de alegría,
que no es congoja,
ni dolor, ni quebranto
el arroyo que corre por tu cara,
que es júbilo, que es dulzura
a tus hijos derramada,
que el Lunes Santo, con ternura,
te rezan, te quieren, te cantan
¡Dios te salve, bienaventurada!
Y Te dicen Virgen de amor
y te entregan una rosa,
que no está marchita la flor
jaenera salerosa
para aliviar tu dolor.



...los clavos que con más fuerza que nunca asía en su mano.

¡No tengáis miedo!

Os contaré una historia, ocurrida hace ya tiempo, y que el futuro quiso que se entrelazara con otra historia que se desarrolló paralela a la nuestra. Allá por 1946, estoy seguro que iluminados por Dios, dos jóvenes tuvieron el proyecto de fundar una cofradía de pasión en nuestra capital. Las crónicas nos dicen que sin medios, pero con mucho entusiasmo y tras hacer partícipes de la iniciativa a otros jóvenes, emprendieron lo que parecía una obra de titanes. Ellos no lo sabían, pero aquella primera vez que se dirigieron a Santa Clara, el Señor, que es grande y todo lo puede, les prestó atención, vio que el propósito era bueno, y quiso que la bendita imagen de su hijo crucificado que se guardaba en el antiguo cenobio, fuera venerada en el futuro por los hermanos que irían engrosando el censo de la institución en ciernes.

Por aquellos días, pero a miles de kilómetros de distancia, en la ciudad polaca de Cracovia, otro joven llamado Carlos, que había vivido en carne propia la crueldad de la guerra y el sufrimiento de tantas personas cercanas, también llamado por Dios, recibía el sacramento del orden sacerdotal.

Aquellos jóvenes, convertidos con la edad en Hermano Mayor Honorario de la Cofradía, y Romano Pontífice respectivamente, pronunciaron unas palabras que merecen ser recordadas. Son muy simples, pero totalmente expresivas. Cuando en 1978 el cardenal Wojtyla se asomaba al balcón de San Pedro del Vaticano, ya convertido en Juan Pablo II, su mensaje “¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas del corazón a Cristo!”, caló hondo en miles de cristianos que, a la expectativa, habían orado para que la Iglesia de nuevo tuviera una cabeza visible. En 1991, Don Pedro nos exhortaba con una sencilla frase: “¡Adelante y audacia!” nos decía. Este es el mensaje que yo quiero transmitir hoy.

Porque para seguir a Cristo que nos dijo “id por el mundo y predicad el Evangelio” necesitamos ser valientes, ser audaces, no temerle, no sentir miedo al compromiso cristiano. Ser valientes y ser audaces. Valientes cofrades, conocedores de nuestro compromiso cristiano con el hombre y con la Iglesia. No tener miedo para seguir al Señor, en una época en la que lo cómodo consiste en el relativismo moral, en apartarse de Dios e ignorar por completo cualquier sentimiento religioso, calificado como retrógrado y opresivo.

No tener miedo de Cristo, pero sí tener temor de Dios. ¿Cómo podría asustarnos aquél que nos enseñó a orar invocando a Dios como “Padre nuestro”, a aquél que nos dio su paz? ¿Qué miedo podemos tenerle a quien dijo que dejáramos que los niños se le acercaran, más aún, que nos hiciéramos como niños? ¿Cómo temer a quien nos deja como mandato el amor al prójimo como si fuéramos nosotros mismos, a aquél que nos prometió la vida eterna?

Seguir siempre adelante, no cesar nunca, no mirar atrás para evitar quedarnos convertidos en inertes estatuas de sal, remar mar adentro hasta alcanzar a Cristo, tomar nuestra propia cruz y seguirle.

Las historias paralelas de los jóvenes convergieron un día de noviembre de 2003. La Cofradía, a iniciativa de Miguel Colmenero, y siendo Hermano Mayor Fran, hijo del fundador, por primera vez se había puesto en marcha para peregrinar a Roma a una inolvidable audiencia con el Santo Padre. La aventura de aquellos muchachos del Jaén de mediados de los cuarenta, ya plenamente consolidada, homenajeaba a la figura del otrora joven sacerdote que salvando las dificultades de la clandestinidad y la guerra, no tuvo miedo a Cristo.



Segunda parte

Segunda parte

Mi Cristo dormido

Mi Cristo no está muerto, que está dormido. Mi Cristo ya no sufre, descansa esperando que amanezca el domingo. ¿No lo veis? Mirad su cara, contempladlo, ved su faz relajada, sus rasgos. A mi Cristo no le ha vencido la muerte, a mi Cristo no le ha vencido el pecado. El Señor de las Misericordias se ha entregado a la voluntad del Padre, y el Padre le resucitó como le había prometido. Por eso, mi Cristo está vivo, y aunque en la cruz, va por senderos de rojos claveles, teñidos del color de su santa sangre.

Jesús de las Misericordias camina por Jaén, igual que anduvo sobre las aguas del mar de Galilea; son sus costaleros el lecho en el que apoya sus pies benditos, llamándonos a ser como Pedro, pescadores de hombres, a trabajar en la mies abundante y necesitada de mano de obra.

Jesús de las Misericordias viene despacito, habla a la muchedumbre que lo observa, y su voz resuena como un eco atronador en el corazón de quienes lo escuchan.

Sale Cristo crucificado entregando indulgencia a borbotones, convirtiendo cada gota de su sangre en un “yo te perdono”. Es el signo de la entrega total, del cuerpo exprimido hasta el límite como víctima propiciatoria para la reconciliación de la raza humana con Dios, creador y señor de todo lo visible y lo invisible. Es el Cristo bendito que en lunes de primavera, acaricia las paredes encaladas de las calles que lo abrigan, que

despertará de su divino sueño el domingo glorioso en que vuelva a la vida para regalárnosla también a nosotros. Es el Cristo que santifica cada piedra donde se posa, que aun con los ojos cerrados nos colma con su poderosa mirada, que va más allá de nuestro rostro, que nos penetra el alma y nos requiere, y aviva nuestros sentidos, y nos ilumina, y nos trasciende, y nos habla de vida eterna.

Dime, estudiante, ¿dónde te gusta ver a la Virgen de las Lágrimas? ¿En qué momento te embelesó el brillo cristalino de sus ojos cordobeses? ¿A la salida en la radiante tarde de sol, coplas e incienso? ¿Quizá cuando se encuentra con el Arco de San Lorenzo? ¿Acaso cuando pasea su majestad al abandonar la calle Maestra? Dime, cofrade, ¿qué hablas con ella, qué le dices, qué te cuenta cuando llega a San Ildefonso o se abre paso en la calle Gracianas en el ocaso apacible del Lunes Santo? Dime hermano, si no quisieras ser un cirio de su candelería llorando la cera derretida por el calor de su hermosa presencia. Dime si no quisieras ser el pañuelo que acaricia con maternal tacto, con el que se enjuga el manantial que sus ojos vierten sin cesar. Confiesa si no quisieras acompañarla como el clavel que la adorna, como cuenta del rosario prendido en su pecho, como alfiler que sostiene su tocado.

Dime, cofrade, ¿en qué momento, cara a cara con la Virgen de las Lágrimas le dijiste “soy tuyo”?

Respóndeme costalero, ¿y al Señor de las Misericordias? ¿Tal vez en la claridad de la celosía que es el canasto de su paso? ¿Cuando el saetero le habla al oído en el balcón de la plaza de la Merced? ¿Es posible que cuando paso a tierra lo asomas a Jaén? ¿O quizá prefieres abrazarte a su cruz en Santa Clara, en el camino que lo llevará a su madre? ¿O puede que el Martes Santo, cuando por fin se deshaga la impaciencia de las clarisas?

Explicadme, cofrades, si al igual que a mí, no se os estremece el espíritu estando en su presencia, si no le sentís vivo entre nosotros cuando su imagen está postrada en la vieja iglesia del ancestral convento, la noche en la que se nos manifiesta en el majestuoso sacramento de la Eucaristía.

Enseñadme, cofrades, ¿qué don tuvo el misterioso artista, el

capitán de la leyenda, cuando plasmó ese escorzo sobrenatural en la madera bendecida?, ¿qué unción imprimió a su obra, por tanto tiempo ignorada en el recóndito altar de Santa Clara?

Decidme, amigos, si aquella noche en el convento, cuando lo estábamos poniendo en su nueva cruz, no os dolían también a vosotros las manos y los pies, si no sentíais en vuestra carne el martilleo indolente de los clavos atravesando sus extremidades, si no estábamos crucificándolo de nuevo.

¿Cuál es el misterio, Señor, de tu rostro cansado?
Decidme cofrades, mirad en el leño a este hombre,
¿Qué paz desprende yerto y abandonado?
¿No es milagro de amor, que Jesús tiene por nombre?



Mi Cristo no está muerto, que está dormido...



...si aquella noche en el convento, cuando lo estábamos poniendo en su nueva cruz...

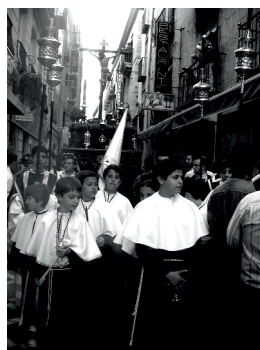
De padres a hijos

Ocurre en ocasiones, cuando una institución o unas costumbres están plenamente asentadas, que la pertenencia a la misma y el apego de las personas trasciende lo individual, para convertirse en algo propio de la familia. Sucede en las cofradías, y sucede en nuestra Cofradía. ¿No lo habéis notado? Mirad a vuestro alrededor, pensad en la procesión el Lunes Santo. Fijaos y allí veréis una familia cofrade, padres e hijos que comparten un sentimiento común, cimentado en el seno familiar, y legado como una herencia en vida. Tal vez porque la familia es el pilar básico de la sociedad, porque es la institución fundamental de los seres humanos. El papa nos recuerda constantemente que hoy, la familia cristiana tiene el deber irrenunciable y noble de transmitir la fe, que los padres son los primeros evangelizadores de los hijos comenzando por las primeras oraciones. Y es cierto. ¿No es el “Jesusito de mi vida” el primer testimonio de fe que tantos padres han dado a sus hijos?

Sólo así podremos apreciar la ternura de una familia de cofrades en la misa de primero de mes en Santa Clara, cuando el menor se recuesta

en el regazo de su padre vencido por el sueño, pero allí está. O fijaos en el grupo de acólitos que va delante de nuestros pasos, y veréis a varios hermanos agitando el incensario, vigilados de reojo por sus padres, que visten de nazareno y mantilla respectivamente; junto al paso del Señor encontraréis a varios padres con sus hijos vestidos de costaleros, aunque los niños, de tan jovencitos, no levanten un palmo del suelo; o mirad, y encontraréis a otra familia, todos acompañando a la Virgen. Ved si no es admirable que otros cofrades ningún año falten a su cita llegados desde fuera de Jaén, acompañados de esposa e hijos; o ese costalero que ha podido compartir la trabajadera de la Virgen con su vástago, o los retoños de un joven matrimonio que, al cuidado de los abuelos y revestidos de acólitos esperan a sus padres en la calle Maestra. ¿Y qué me decís cuando unos padres acuden orgullosos a que se le imponga la medalla de hermano a los niños?

A vosotros padres cofrades, corresponde la misión nobilísima de transmitir el amor por la Cofradía a vuestros hijos, que ellos se sientan unidos y vinculados, que la consideren como algo suyo, que se impliquen en la vida de hermandad, y que el Lunes Santo no sean indiferentes a la Cofradía. Al igual que en su bautismo sostuvisteis la velita prendida del cirio pascual, sostenedla también como si fuera la cera de nazareno, siempre encendida, para que la llama de la fe cristiana y del amor cofrade no se apague nunca.



*...junto al paso del Señor encontraréis a varios padres con sus hijos vestidos de costaleros...
O fijaos en el grupo de acólitos que va delante de nuestros pasos, y veréis a varios
hermanos agitando el incensario...*



...al cuidado de los abuelos y revestidos de acólitos esperan a sus padres en la calle Maestra.

En Santa Clara hay un tesoro

Santa Clara tiene un tesoro. Un tesoro fabuloso, depositado por siglos, y que generaciones de monjas han custodiado como ellas custodian sus bienes preciados, perfumado de incienso y adornado de oraciones franciscanas. Allí, dicen, en el coro alto, se encontraba la imagen del Señor bajo un dosel. Allí, dicen, en la intimidad de la clausura, una monja pintora decidió que le faltaba algo, y empleó su arte para decorar la pared con un fresco de San Juan y la Virgen, y quien sabe si no fue ella la que flageló con sus pinceles el cuerpo del Señor de las Misericordias. Y probablemente, mi Cristo misterioso tuvo que ser objeto de sacrilegio para que devuelto a sus legítimas propietarias cuando iba camino de traspasar los Pirineos, Jaén fuera consciente de lo que por tanto tiempo estuvo escondido en aquél lugar donde el reloj se detuvo en el siglo XVI. En Santa Clara, donde habita la comunidad que es el otro cincuenta por ciento de la Cofradía. Porque hablar de los Estudiantes es hablar de Santa Clara, y hablar de sus monjas y de D. Juan Bautista, su capellán, a quienes tanto les debemos; por sus sonrisas sinceras, por sus oraciones constantes, por sus consejos siempre a tiempo, y porque también han sabido hacernos ver el sendero cuando de éste tomábamos un atajo que simplemente acabaría por perdernos; porque siempre están cuando se les necesita, porque simplemente sabemos que nos quieren. Este, en verdad sí que es nuestro tesoro.

Revuelo de hábitos franciscanos,
de monjas regalándonos cariños,
¡madre, que han llegado los hermanos!
¡que vienen, que están aquí los niños!

Y a las monjas les apremia la priora,
¡limpiad, preparadlo, tenedlo listo!
que pronto el carillón dará la hora
en que los cofrades lleven al Cristo.

Id, sabed que se reza en el convento,
que ver vuestra alegría desbordada
y fervor devoto es nuestro contento.

El lunes, mostrad la fe regalada,
que el espíritu al Cristo esté atento,
y a su piedad, el alma preparada.



...que están aquí los niños!

Una generación cofrade

Dije al principio que quería dedicar este pregón a la generación de buenos cofrades con la que me tocó compartir especialmente mi pertenencia a la Junta de Gobierno. Y es a ella a la que me quiero referir. La que se juntaba en el Manila para desayunar o tomar el café de la tarde y las mañanas de los sábados en la casa de hermandad, aprendiendo de los veteranos que allí también se reunían, pero que planteaba objetivos propios; la generación de las largas noches en la parroquia ultimando los preparativos para los cultos o los pasos para el Lunes Santo. La gente que bajo la dirección de Paco, Martín, Fran y Jesús, se ha dejado tanto de su vida, que tienen ya historias que contar.

Me parece estar viendo a Arrate formando auténticas nubes de incienso en la iglesia los días de triduo, o a Lorenzo encargándose de buscar bocadillos para cenar en la Parroquia en un receso de los montajes; o a Juan Antonio tratando con desconocida delicadeza la cera o los enseres de la Virgen; o quizá a Delmo sentado al calor del brasero de la mesa camilla que había en la sacristía con el padre Pepe Cotilla, que ya le habría dado un caramelo al que pasara por allí; o a Javi, poniendo el tocado de la Virgen con la inverosímil destreza de sus dedos; o a Koki preparando sus largas listas de ruegos y preguntas en las juntas de gobierno, y quizá a Trigo bregando con todos aquellos que buscan túnica para la procesión, o a Manolo entre los vericuetos informáticos para que la Hermandad se acerque un poquito a la tecnología. Y a tantos otros no menos importantes que, tanto empeño ponían en prestar ayuda, que no les importaba realizar la tarea que se les encomendara; incluso al novato que sumiso, aguantaba la broma de ir a buscar a San Bartolomé una herramienta tan precisa como inexistente, es decir, la llave de fijar la alpaca, si bien algún alma caritativa rescataba al pobre incauto cerca del Arco de San Lorenzo.

A ellos me refería, a ese grupo de jóvenes cuya vivencia próxima de la Hermandad se sitúa en la Merced, y que de Santa Clara sólo sabe lo que las crónicas ya amarillentas y las fotografías en blanco y negro cuentan; el grupo de cofrades cuyo conocimiento de la estancia de la Hermandad en San Roque es siquiera más escaso aún, que no sabe y espera no saber nunca,

de malos tiempos para la Semana Santa, pero que respeta aquellas épocas porque también son parte de su pasado.

En cambio, es la generación por la que en esta bendita Cofradía se empezó a hablar de ensayos de costaleros, de fajas y esparteñas, porque muchos de ellos pasaron primero por las trabajaderas antes de ser llamados a la misión de pertenecer a la Junta de Gobierno. Es la generación que supo de iris y clavel sangre de toro, de cera amarillo tiniebla; que conoció de orfebrería, de bandas de música, agrupaciones y bandas de cornetas y tambores; es la generación de cofrades para la que “Consuelo Gitano” o “Plegaria al Cristo de los Estudiantes” son algo más que sonoros títulos; aquella para la que Soria 9 y Abel Moreno venían a complementar a los maestros Cuadrado y Colmenero. Son los jóvenes que se propusieron, porque era de justicia, que la Cofradía tuviera unas bodas de oro esplendorosas, la Virgen un paso completo y el Cristo uno nuevo, o los mismos que no encontraban obstáculo si nuestros titulares tenían que estar en el altar mayor de la Merced y bajo dosel para la celebración del triduo; los mismos que pronunciaron la expresión paso “racheao”, y “casa de hermandad”, y cartel, y pregón, y papeleta de sitio, y retranqueo, y revirá, y cruz de mayo, y caseta de feria, y página web... Los mismos que convirtieron el acto de poner la cera de la candelera del palio en un ritual y apostar al Cristo en su paso en un acto hermoso, los jóvenes que han tenido la suerte de ver cómo se cumplían veinticinco años bajo tu palio.

Si, más de dos décadas y media desde que se fundó el cuerpo de costaleros de Nuestra Señora de las Lágrimas, desde que aquella primera vez, hermanos cofrades se convirtieron en hermanos costaleros. Es un orgullo, algo que llevar a gala, una medalla que colgar en el haber cofrade, que ya tenía otro gran mérito como es que nuestro Cristo nunca hubiese sufrido la penuria de las ruedas en su paso, aunque para ello se requiriese a los profesionales o a los soldados del regimiento Alcántara en aquellos primeros años, hasta que por fin los jóvenes cofrades pusieron la sal a la Semana Santa de Jaén y a nuestra Cofradía con su desinteresado denuedo. Y fijaos en la muestra de cariño tan grande, en las lecciones que

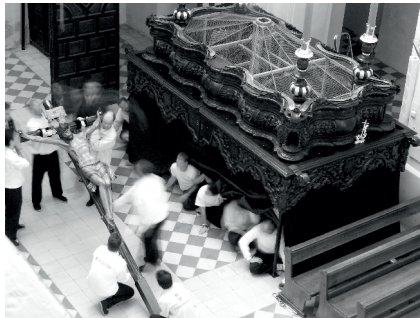
calladamente nos dan algunos hermanos, que todavía en la nómina de costaleros de la Virgen queda uno de los que llegaron a empujar el paso a ruedas, y que continúa poniendo sus hombros al servicio del honroso esfuerzo de pasear por Jaén a la Virgen de los Clavitos.

Dos décadas y media ya pasaron
del lunes merecido en buena hora
en que jóvenes briosos alcanzaron
la dicha de llevar a la Señora.

Señor, no hubo jamás asfalto frío;
que nunca un cofrade consintiera
el olvido, la penuria o el hastío.
¡Aquí están mis espaldas, si ello fuera!

A ti, crucificado, a vos que os quiero
ofrezco mi fuerza, entera mi vida,
aquí tienes, Jesús, un costalero.

Mas no resultase mi alma herida
sabiendo como es, como espero
que anda a hombros tu figura esculpida.



...y apostar al Cristo en su paso en un acto hermoso...



...los jóvenes que han tenido la suerte de ver cómo se cumplían veinticinco años bajo tu palio.

Estudiantes agradecidos

Hoy, queridos amigos, puedo afirmar sin equivocarme, que aquel día de 1985 en que decidí pertenecer a esta Cofradía, acerté de pleno. Como yo, estoy seguro que a lo largo de seis décadas de existencia de la hermandad tantos otros cofrades hemos recibido más de lo que hayamos podido aportar. Por ella, hemos podido conocer a muchos cofrades, hoy buenos amigos, con ella hemos podido formarnos como personas, intentar formarnos como cristianos, afianzarnos en valores morales y religiosos, ilusionarnos con cada proyecto que se emprendiera, ya fuera un paso nuevo, ya fuera una obra anónima de caridad. La Cofradía nos ha permitido vivir momentos inolvidables, tener cerca a las imágenes que veneramos, canalizar y orientar nuestras devociones, formar parte de una institución que altruistamente tiene tan altos y tan distinguidos objetivos, en definitiva, sentirnos un poquito más cerca de Dios.

Por eso hoy, estudiantes de Jaén, alumnos de la escuela del Señor, comparto con vosotros esta experiencia y quiero pregonar a los cuatro vientos, que no hay Hermandad igual porque esta es la nuestra, la que queremos; que en Jaén, el Señor de los Estudiantes lleva por nombre Jesús de las Misericordias, y que no hay lágrimas más puras como las derramadas por la Virgen el Lunes Santo.

La procesión va de recogida

La procesión va de recogida, igual que este pregón. Será de madrugada cuando por la Plaza de Santa María, o subiendo el cantón, se renueven las estampas más poéticas de la Cofradía, cuando los agotados costaleros se resientan y ellos, apretando la cintura un poquito más, levanten el dulce peso, y cargados de valor y hombría, pidan otra marcha.

Será por entonces cuando el nazareno, con el cirio consumido, se anime a sí mismo diciéndose que ya falta poco, será cuando la quebrada voz del capataz, casi murmure a la cuadrilla un ¡a ésta es!, y callen las cornetas porque debajo de los pasos se reza el rosario; será entonces cuando la mantilla continúe heroicamente el recorrido aunque ni se sienta los pies, maltratados por tacones y adoquines, o cuando al solista de la banda ya no le queden pulmones para exhalar un acorde de trompeta. Pero será también entonces el momento de disfrutar al Señor en cada revirá, de estremecerse con las notas de “Virgen del Valle” en la calle Almenas mientras el palio avanza garboso rozándose con la catedral. Serán los momentos de la bulla, de las saetas, del arte costalero en la estrechez de los balcones.

Y entrarán los pasos de nuevo en la Merced, para que llegado el martes, no quede rastro del milagro del día anterior, si acaso los jarrones con flores en la capilla de la Virgen, o quizá una gota de cera en el ajado suelo del templo.

Y por la noche, cuando arrie por última vez el palio, después de abrazos y parabienes entre cofrades, en la intimidad del pensamiento y la oración, te buscaré, y como siempre me has hecho, en tus labios Señora, esbozarás una sonrisa, acaso una leve mueca imperceptible de aprobación, y yo entonces, rendido a tu bondad, no sabré cómo agradecerte los dones que me has regalado, y no cesaré en repetirte que al cabo de un año, si tu lo quieres, estaré para acompañarte.

La procesión se encierra tarde,
sin luces encendidas en el cielo;
hecho jirones ha quedado el velo
y el corazón cofrade no late, arde.

Quiero rezarte a ti, Cristo cansado,
Señor, mi devoción entregarte,
volver mi rostro a tu cara, mirarte,
saberte glorioso y resucitado.

Quiero seguir a tu lado, María,
ver que en tu paso caminas triunfante,
vivir el Lunes de la Cofradía,
¡ser contigo, Virgen mía, estudiante!

He dicho.



Se pronunció este XVI Pregón del Estudiante
el día 17 de marzo de 2007
en el salón de actos de la Cámara Oficial de Comercio
e Industria de la Provincia de Jaén.

Estimado amigo,

Gracias por tu generosa aportación, pues con ella colaboras
con la bolsa de caridad que nuestra Cofradía dedica al Real Monasterio de Santa Clara de Jaén.
Ten la seguridad de que nuestras monjitas rezarán por ti.